

HABLA JULIO PHILIPPI

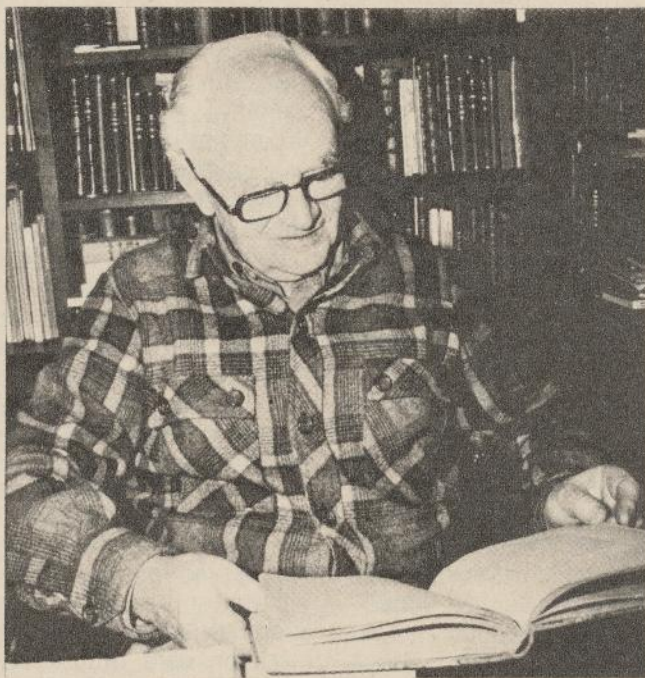
LOS DEMONIOS EXISTEN

¿QUE SON? ¿COMO ACTUAN?

P.: Nuestra revista no es confesional. Sin embargo, la idea de conversar con usted sobre el tema del demonio —o los demonios— despertó una gran acogida en el Comité Editorial, y se me encomendó solicitarle esta entrevista. Quedó en claro que necesariamente el enfoque sería realizado desde una perspectiva católica, sin perjuicio de que el interés del análisis se proyecte también hacia quienes no sean católicos. En esta línea, desearía preguntarle, don Julio, a qué atribuye usted el silencio que se observa en torno al tema de los ángeles y los demonios, incluso dentro del seno de la propia Iglesia Católica.

R.: La pregunta no es de fácil respuesta. En general, las declaraciones dogmáticas de la Iglesia sobre ángeles y demonios son numéricamente pocas, pero muy claras. Desde los primeros tiempos, la Iglesia perfiló nítidamente la doctrina fundamental en la materia, pero no pareció tan urgente desarrollar dema-

Entrevistado por
JAIME GUZMAN E.



"Llama mucho la atención esta dificultad que se observa para creer en la existencia de otros seres intangibles como son los ángeles y demonios."

siado este tema en comparación con otros. Fue el surgimiento de desviaciones heréticas lo que obligó a explicitar más detalladamente la doc-

trina católica sobre el tema.

Sin embargo, esa falta de desarrollo inicial me parece muy diversa del silencio que se ha produ-

cido en la época actual. En los primeros tiempos, la generalidad de los cristianos sabía perfectamente bien cuál era la realidad fundamental en orden a los ángeles y a los demonios. Su existencia resultaba obvia para ellos, ya que las Sagradas Escrituras están llenas de actuaciones de ángeles y demonios, de modo que no se ponía en duda su existencia. Insisto que fue el surgimiento de herejías y errores en la materia, lo que obligó a una mayor precisión.

Lo que sucede hoy es diferente. Yo diría que presenciemos un silencio de muy distinta índole. Se trata de un tema efectivamente olvidado, aún en sus líneas fundamentales. Se ha dejado de enseñar sobre él hasta tal punto, que hay muchos cristianos —e incluso sacerdotes— para quienes resulta irrisorio que alguien crea en la realidad de los ángeles y, en consecuencia, de los demonios, que son ángeles

caídos. De ahí la importancia de despertar de nuevo en los hombres en general, y especialmente en los cristianos, la atención acerca del problema del mal, de los demonios y para ello, ante todo, de los ángeles.

P.: Precisamente en cuanto al interés e importancia del tema, tengo a mano un discurso de S.S. Paulo VI, pronunciado en la audiencia del 15 de noviembre de 1972 en que él comienza preguntándose: "¿Cuáles son hoy día las mayores necesidades de la Iglesia?". Y a continuación S.S. se responde: "La defensa ante aquél que llamamos demonio". Y dedica toda su intervención al tema, a la trascendencia que tiene en la vida del hombre, y a la urgencia de reponer los estudios sobre esta materia a fin de preparar mejor a los cristianos para hacer frente al poder diabólico.

R.: Ese es un discurso notable, que forma parte de una serie de intervenciones sucesivas que S.S. Paulo VI dedicó al tema. Inexplicablemente, no han tenido la difusión suficiente, e incluso cuesta encontrar su texto. "Quizás lo que ayuda a este silencio, Jaime, es que el tema no resulta agradable para el hombre. Al ser humano no le gusta que le recuerden que siendo un ser dotado de inteligencia y voluntad, vive en un mundo en el cual sólo entiende algunas cosas y muchas no. Hay un gran campo de acontecimientos que el hombre no sólo no conoce, sino que no logrará conocer jamás en plenitud, porque desbordan su capacidad natural. Te-

mas como éste requieren de una gran humildad para ser abordados, ya que nos exigen reconocer que hay seres inteligentes diversos de Dios y de los hombres, que existen y actúan en el Universo, a veces de formas no del todo comprensibles para nosotros. A quien se ha autodenominado el rey de la creación, le incomoda aceptar estas realidades.

Además, no se puede desconocer que el tema no es grato. Asumiendo una frase de San Juan Crisóstomo, puedo asegurarte que no es para mí ningún placer hablar del demonio, pero lo estimo de gran utilidad. No es grato, porque aparte de ser difícil de abordar, nunca lo vamos a entender plenamente. Jamás lograremos penetrar en la raíz última del problema del mal, y eso nos llena de inquietud.

También hay que admitir que en ciertas épocas el tema del demonio se abordó en forma inadecuada, lo que infundió miedo desproporcionado en la gente sencilla y, por otra parte, se intentó convertir al demonio en objeto de supercherías, vinculándolo a cultos mágicos, con el horror de caza de brujas en el Renacimiento. Todo eso ha oscurecido y hasta desprestigiado la verdad del tema, que es lo que hay que reponer.

Por otro lado, en la actualidad, ha proliferado un interés morboso al respecto, que suscita una atracción grande pero muy dañina. Una cierta curiosidad malsana por las sectas satánicas, el

ocultismo, el espiritismo y otras formas de magia, son muy frecuentes hoy en día. Pero esa aproximación al tema ayuda muy poco a entenderlo y puede más bien producir desconcierto y daño.

Aun frente a todo esto, no deja de sorprenderme que mientras la gente está tan dispuesta a creer en la existencia de otros seres inteligentes distintos del hombre en el Universo creado, lo que en sí mismo resulta bastante lógico suponer probable, haya en cambio tanta reticencia para aceptar que existen seres como los ángeles y, por consiguiente, como los demonios.

Por otro lado, hay algo curioso. Casi todos los pueblos, aún los más primitivos, han creído en la inmortalidad del alma, lo cual de algún modo está demostrado por la razón natural. En el caso del cristianismo, ello es además, un dogma de fe, unido al de la resurrección de los cuerpos para reunirse con sus respectivas almas. Pero mientras la resurrección no se produzca, es evidente que las almas de los muertos existen y están en el Universo, aunque sean seres intangibles e inmateriales. En consecuencia, llama mucho la atención esta dificultad que se observa para creer en la existencia de otros seres intangibles como son los ángeles y demonios.

En fin, hay tantas realidades que nuestra mente humana sólo palpa a través de sus efectos. Por ejemplo, conocemos la energía eléctrica en la luz

y el calor de una ampolla, pero la energía misma no la vemos. El Universo está lleno de realidades cuya naturaleza escapa a la percepción de los sentidos, y entre ellas hay seres inteligentes como los ángeles y demonios.

P.: Buscando precisar lo que son los demonios, desearía volver al discurso de S.S. Paulo VI que recién le mencionaba. El Papa dice textualmente lo siguiente: "Se sale del cuadro de la enseñanza bíblica o eclesiológica, quien se niega a reconocer la existencia del demonio, o bien, que hace de ella un principio que existe por sí, y que no tiene -como cualquier otra creatura- su origen en Dios, o bien quien la explica como una pseudo realidad, una personificación conceptual y fantástica, o la causa desconocida de nuestras desgracias".

He querido citar este texto, don Julio, porque tengo la impresión que muchos cristianos, y específicamente muchos católicos no creen en los demonios como seres reales, sino que tienden a identificarlos con el mal en términos abstractos. Ven al demonio como un principio negativo ajeno a la creación de Dios, o bien lo identifican meramente con la debilidad humana que nos hace a veces tender hacia el mal.

R.: El texto que has citado me parece muy pertinente y es extraordinariamente claro. El Papa Paulo VI resume en él la médula de la doctrina cristiana sobre el tema. "La Iglesia tiene declaraciones dogmáticas muy precisas al respecto. En primer lugar, está

condenado como erróneo el suponer que hay dos principios en el Universo, uno del Bien y otro del Mal, y que frente al Dios creador habría una especie de 'dios del mal', un principio negativo con poder autónomo o equivalente al de Dios. Esa concepción del demonio, que tuvo su origen en el Asia Menor (principalmente en Persia) y que se expresó en una visión maniquea del tema, ha sido categóricamente condenada por la Iglesia. "Para la doctrina católica, es inaceptable suponer que haya algo que exista en el Universo y que no haya sido creado por Dios. Ya he señalado que los demonios son ángeles, es decir, seres reales aunque invisibles, seres con todas las características de tales, que no pueden confundirse con símbolos, ni con principios abstractos. En consecuencia, son creaturas de Dios.

Las declaraciones de la Iglesia son muy categóricas acerca de este punto. Casi todos los Padres de la Iglesia tocan en los primeros siglos el tema en la misma orientación. Más tarde, en el Siglo XIII, el Concilio Lateranense IV, precisó esto con más detalle, frente a las herejías cátaras y albigenses, que eran herejías maniqueas, es decir, fundadas en suponer la existencia de un Dios del Bien y un "dios del mal". Creó útil citar textualmente este Concilio, cuya parte pertinente quise tener a mano para esta entrevista, por su importancia y claridad: "Firmemente creemos y sim-

plemente confesamos un solo principio de todas las cosas, de las visibles e invisibles, las espirituales y las corporales, que por su Omnipotente virtud desde el principio del tiempo, Dios creó a la vez de la nada a una y otra creatura, la espiritual y la corporal, la angélica y la mundana y después la humana, como un compuesto de espíritu y cuerpo. Porque el diablo y demás demonios ciertamente fueron creados por Dios buenos por naturaleza, pero ellos mismos se hicieron malos. El hombre, empero, pecó por sugestión del diablo.

P.: Pienso que lo que inquieta a mucha gente es que justamente Dios no puede crear el mal, o algo malo. Se produce, a mi juicio, una confusión frecuente entre el plano metafísico o del ser en cuanto ser, y el plano moral o de la acción de los seres. ¿Sería correcto afirmar que los demonios son metafísicamente buenos, en cuanto creaturas de Dios, pero moralmente malos en cuanto se apartaron de Él por un torcido ejercicio de su libertad?

R.: "Exacto. Así es. Los seres tienen dos perfecciones. La primera de esas perfecciones es el ser, que constituye una perfección frente al no ser. Pero la segunda perfección es el fin del propio ser, que está condicionado por la naturaleza de éste.

Ahora bien, si una creatura ha sido dotada de libertad, va a depender de ella alcanzar su segunda perfección. Dios ha creado su primera perfección que es su ser, el

cual siempre es bueno. Al darle libertad, será la creatura la que decida si se encamina hacia la obtención de su fin (su segunda perfección), siguiendo las exigencias que para ello Dios ha colocado en su naturaleza, o si se subleva contra ella y rechaza su propia perfección última. Ese resultado es el fruto de la libertad de las creaturas que, como los ángeles o los hombres, fuimos creados libres.

P.: Pero Dios permite esa posibilidad de que las creaturas libres se aparten de Él y de su propio fin, y eso llena de interrogantes a muchos creyentes.

R.: No es extraña esa inquietud, porque a mi modo de ver, el mal es un misterio tan insondable como el amor Divino. Si el misterio del amor Divino lleva a Dios llamar a las creaturas del no ser al ser, y a darles libertad a algunas de ellas, en ese mismo acto de amor está incluida la posibilidad de que esa creatura libre —sea un ángel o un hombre— se aparte de su fin último, que es su segunda perfección. Pero estamos frente a un misterio al cual nuestra razón sólo puede aproximarse en forma parcial. Únicamente el amor a Dios y a su Voluntad —más que nuestros razonamientos— nos permitirá comprenderlo algo mejor, como manifestación de Su amor infinito y misterioso. La condenación irrevocable de los demonios y la posibilidad de que ello le ocurra también a cada ser humano es expresión de un profundo misterio de amor que, por inson-

dable, nunca entenderemos del todo con nuestra limitada razón humana. Sólo podemos abordarlo, desde la perspectiva que ello es una consecuencia de la existencia de seres libres, y no podríamos pretender los beneficios de que existan creaturas libres y racionales, y al mismo tiempo, se rechacen las consecuencias posibles del mal uso de esa libertad.

P.: Ud. ha señalado, don Julio, que tanto los ángeles como los hombres son seres libres, que pueden encaminarse a su fin último, o apartarse de él. Esto último equivale a la condenación eterna. Pero en el caso de los hombres, nos podemos arrepentir de nuestras faltas hasta el momento de la muerte. Los ángeles, en cambio, al rebelarse contra Dios se separaron irrevocablemente de Dios, sin posibilidad de arrepentimiento. Entiendo que la propia naturaleza de los ángeles les impide cualquier posible arrepentimiento. ¿Podría Ud. explicar a qué se debe esto, es decir, penetrar algo más en la naturaleza los ángeles?

R.: Me parece indispensable, y creo que quizás por ahí debiéramos haber empezado. Los ángeles son seres creados por Dios.

Los ángeles son seres libres, cuyo efecto también ya analizamos. Son, en síntesis, sustancias creadas, intelectuales, superiores por naturaleza al hombre, de suyo invisibles, y dotadas de especial virtud y poder.

En teología se ha debatido sobre si los ángeles tienen o no cierta corporeidad, pero ello es de secundaria importancia ►

particularmente frente a lo relativo y variable que es el concepto de corporeidad, a la luz de los conocimientos actuales. Lo único claro es que los ángeles no tienen la corporeidad propia del hombre, ni de los demás seres que llamamos materiales.

Y de aquí nace la principal diferencia entre los ángeles y los hombres, que incide en la distinta naturaleza del conocimiento que unos y otros tienen de la realidad.

Como los ángeles no están sometidos a la corporeidad del hombre, no conocen ni operan con la limitación que el tiempo impone a éste. Es cierto que el hombre tiene un alma espiritual e inmortal, la cual necesariamente volverá a unirse al cuerpo después de la muerte, en el día de la resurrección de éste. Pero la materia prima corpórea en que el alma humana está inserta, sufre un proceso de destrucción en su fase de existencia temporal, proceso que no sucede con el ángel, que en ese sentido opera al margen del tiempo, entendido al modo humano. Lo anterior condiciona el conocimiento humano. El hombre conoce la verdad —que es la adecuación de la inteligencia a la realidad de las cosas— a través de la experiencia de los sentidos. Por eso los niños recién nacidos, por ejemplo, tienen muy pocos conocimientos. El hombre va adquiriendo sus conocimientos en forma parcial, por medio de un proceso abstractivo. Y también capta toda la esencia de las cosas,

dadas las limitaciones de su facultad intelectual. Incluso a menudo puede equivocarse al tratar de captar la realidad.

El conocimiento angélico es muy diferente. Se realiza por intuición, y no por abstracción. El ángel capta la esencia de las cosas, y en muy pocas esencias capta toda la realidad. Mientras más elevada es la jerarquía del ángel, capta toda la realidad en menos esencias, al punto de que si pudiésemos ver a un ángel de las jerarquías más altas (porque hay distintas categorías de ángeles, de diversa jerarquía, categorías que la enseñanza tradicional agrupa en nueve coros o grupos distintos), si pudiésemos ver a uno de los superiores, lo podríamos confundir con el mismo Dios, dada su hermosura y su perfección.

Ahora, volviendo al conocimiento angélico, éste es de tal naturaleza que adopta sus decisiones con conocimiento claro y presente de todo, asumiendo voluntaria e irrevocablemente todas sus consecuencias. En cierto sentido, esas decisiones las sigue tomando siempre, porque están fuera del tiempo humano. No podría modificar su decisión o arrepentirse, porque ningún elemento de la realidad que es capaz de conocer, ha quedado fuera de su acto. No es por falta de misericordia Divina, sino por la naturaleza de su propio pecado de soberbia, que los demonios no podrían arrepentirse. Así como tampoco podrían cambiar su decisión los ánge-

les que fueron confirmados en la Gracia de Dios, y elevados mediante su aceptación al orden sobrenatural.

P.: ¿Por qué dice Ud. que los ángeles confirmados en la Gracia fueron elevados a un orden sobrenatural? ¿No les hubiese bastado permanecer en su naturaleza de ángeles?

R.: No. Porque en ese caso no habrían participado en su plenitud de la Gloria eterna. Habrían quedado en definitiva en una posición inferior a la del hombre, el cual por la Gracia de la Redención de Cristo fue llamado al orden sobrenatural de la eterna bienaventuranza. Habrían quedado sólo en la perfección natural propia del ser creado.

P.: Ahondando en esta disyuntiva dramática e irrevocable a la cual fueron sometidos los ángeles, en cuanto a confirmarse en la Gracia (accediendo según Ud. me acaba de decir al orden sobrenatural), o bien rebelarse contra Dios, convirtiéndose en demonios, ¿cuál fue el contenido de esa disyuntiva a la luz de la enseñanza cristiana?

R.: El pensamiento más común entre los teólogos es que los ángeles que se rebelaron, incurrieron en un movimiento de soberbia frente a Dios, por negarse a aceptar la revelación que Este les hizo de que el Verbo —la segunda Persona de la Trinidad Divina— se encarnaría en un hombre, que sería Cristo. La idea de que tal Encarnación sería en un hombre y no en un ángel, es decir, que habría un hombre superior a ellos, resultó inaceptable para su soberbia. Ahí se ex-

presó el famoso "non serviam" o "no serviré" de los ángeles rebeldes, transformándose así, voluntariamente, en réprobos, volcados a hacer el mal.

P.: ¿Eso tal vez explica que el demonio tentara a Cristo en el desierto, demostrando no creer que era Dios, no creer que era el Mesías?

R.: No hay duda ninguna. ¡Si el demonio se demoró mucho en darse cuenta que Cristo era Dios, que era el Mesías!

El demonio conocía bien las Sagradas Escrituras, y estaba atento a todas las discusiones de los sabios de Israel sobre cuándo vendría el Mesías. El suceso del nacimiento de Jesús en Belén, con la serie de acontecimientos que lo rodean, alarma al demonio. Por eso tienta a Herodes, impulsándolo a matar en Belén a todos los niños pequeños. Pero luego debe haber quedado muy desconcertado observando a Cristo, porque Su vida en Nazaret transcurre en forma oculta hasta los 30 años, sin que pueda despejar sus dudas.

Al iniciar Jesús su vida pública, el demonio lo tienta en el desierto. El demonio quiere confirmar si es o no el Mesías. Pero las tres respuestas de Cristo son desconcertantes, y muy hábiles para no revelar su verdadera identidad. A la primera tentación, le contesta: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". A la segunda le responde: "No tentarás al Señor tu Dios",

pero no referido a su Persona, sino al desafío a Dios que le proponía el demonio en cuanto a lanzarse de la cumbre del Templo, porque los ángeles lo recogerían. Y a la última, cuando el demonio le ofrece los reinos de este mundo (con lo cual no actúa con fanfarronería, porque el demonio es el príncipe de este mundo) Cristo le contesta: "Apártate de mi Satanás, porque sólo a Dios adorarás y a El sólo servirás".

El demonio no debe haberse convencido que Cristo era Dios, y que era el Mesías, sino hasta el bautizo del Jordán, en el cual la Trinidad manifiesta la Divinidad de Jesús.

Lo probable es que el demonio haya ligado ese Mesías que le iba doblar la cerviz, anunciado por las Escrituras, con un líder que liberaría políticamente a Israel del dominio romano, y eso le dificultó aún más comprender y aceptar la Divinidad de Cristo. Pero cuando la captó, se lanzó furibundo a procurar su eliminación, ciego ante el significado que la muerte de Cristo iba tener en el orden sobrenatural, a través de su Resurrección.

P.: Querría acotarle que esa explicación de que la soberbia de los ángeles caídos o demonios, consistió en rechazar la Encarnación del Verbo, explica también la especial antinomia entre el demonio y María, ya que ésta fue la única creatura que por participación anticipada de los méritos de la Redención de Cristo, no estuvo



"¿Desearía preguntarle a qué atribuye usted el silencio que se observa en torno al tema de los ángeles y demonios, incluso dentro del seno de la propia Iglesia Católica?"

sujeta al poder del demonio.

R.: Esa antinomia aparece muy clara en los estudios sobre el demonio. A los demonios les resulta insoportable —en su soberbia— aceptar que una creatura humana esté llamada a un grado más alto que los ángeles en la participación de la Gloria de Dios, como ocurre con María.

P.: Antes de continuar adelante, don Julio, quisiera hacer un breve paréntesis para preguntarle qué alcance tiene el singular —el demonio— respecto de los demonios en plural, que hemos empleado indistintamente a lo largo de esta conversación.

R.: El singular está referido al jefe de los demonios, al que encabezó la

rebelión. Las Escrituras le dan varios nombres, pero aluden al mismo ángel que encabezó la acción de soberbia contra Dios, y la negativa a servir a Dios. Se le llama Lucifer (portador de luz), Satán o Satanás (el enemigo), la Gran Serpiente, Belial (impío) y hay muchos otros nombres para el jefe de los ángeles caídos. Junto a él se rebelaron muchos, sin que exista ninguna verdad segura o de fe en cuanto a la proporción de ellos dentro del total de los ángeles. Lo único que la tradición de la Iglesia siempre ha enseñado es que fueron numerosos. Algunos autores, fundándose en el Apocalipsis, suponen que serían un tercio de los ángeles,

pero te insisto que no hay al respecto nada que sea seguro o de fe.

P.: Hace un momento, Ud. aludió al demonio como "príncipe de este mundo". Creo interesante profundizar algo en cual es el "mundo" del cual el demonio es príncipe. En qué tiene que ver con la triple concupiscencia de que habla San Juan, es decir, la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida, como expresiones del amor desordenado a las riquezas materiales, a los placeres sensuales, y al poder temporal.

R.: Recordemos, Jaime, que el título de príncipe de este mundo se lo da el propio Cristo. En la víspera de su Pasión dice que es inminente la venida del príncipe de este mundo, y cuando lo detienen el Jueves Santo en Getsemaní, pronuncia esa impresionante sentencia de que ha llegado "la hora del reino de las tinieblas".

El mundo —en este sentido— es toda la Creación marcada por el pecado y sin la Gracia. Efectivamente tiene relación con las concupiscencias en todas sus formas. El demonio tiene poder real sobre esos "reinos de este mundo" que ofrece a Cristo y a cada hombre en sus tentaciones. Sólo la Gracia de Dios puede restablecer el equilibrio del hombre, y ponerlo a cubierto de las seducciones del mundo y sus concupiscencias, del poder del príncipe de este mundo.

P.: ¿Y cómo actúan los demonios sobre el hombre? ¿Qué poder tienen

sobre nosotros estos seres a quienes León XIII —en esa oración que antes se decía al final de todas las misas— llamó los “espíritus malignos que andan errantes por el mundo para perder las almas”?

R.: Creo que para responder esta pregunta, hay que detenerse un momento en cómo fue creado el hombre, y qué le ocurrió con el pecado original.

Según lo enseñan los Padres de la Iglesia, el hombre fue creado perfecto en el orden natural, o en estado de justicia original, agregándose a su ser tres condiciones. La primera era la inmortalidad, sin que ello implicara una elevación del hombre al orden sobrenatural. La segunda era el don de ciencia, que le permitía conocer lo creado, al modo de la inteligencia humana, pero sin riesgos de error. Y la tercera, era el equilibrio de las pasiones, donde lo inferior estaba siempre subordinado a lo superior. De ahí que el pecado original no haya podido ser un pecado de pasiones carnales como suele suponerse, sino un pecado de soberbia.

Ahora bien, por el pecado original el hombre perdió estos tres dones, que los teólogos llaman preternaturales. Quedó sujeto a la muerte. El conocimiento y el trabajo empezaron a serle difíciles y a estar marcados por el sudor y la fatiga. Y por último, las pasiones se desequilibraron en su interior, quedando expuesto al desorden moral en su actuar.

Es lógico que sujeto a la

muerte, al error y al desequilibrio de las pasiones, el hombre quedó como fácil presa de estos seres mucho más inteligentes que son los demonios. Porque no hay que olvidar que los demonios al rebelarse no perdieron su naturaleza de ángeles ni, por tanto, la forma de conocer el orden natural propia de ellos. Por el contrario, son ciegos y torpes frente a lo sobrenatural, pues porque rechazaron la Gracia Divina. De allí que el hombre, más débil que ellos en el conocimiento de lo natural, es mucho más poderoso cuando actúa en el orden de la Gracia.

Es evidente que los demonios conocen el orden natural y al hombre mejor que nosotros. Han observado el mundo creado y la psicología humana desde la Creación y saben emplearla tanto sobre los individuos como sobre las masas. Hay algo de verdad en el dicho popular de que “más sabe el diablo por viejo que por diablo”.

El conocimiento que los demonios tienen sobre el hombre y sobre el orden creado en lo natural, es lo que les permite seducirnos en variadas formas.

P.: ¿Tiene esto algo que ver con las prevenciones y el rechazo de la Iglesia hacia el espiritismo?

R.: Hay una relación, porque esas prevenciones emanan de la prudencia. En el fondo, se trata de evitar que el ser humano se coloque en campos en los cuales el demonio puede actuar con especial facilidad y poder seductor, sin que el hombre lo perciba, y en un terreno

en el cual está en notoria inferioridad y hasta en indefensión.

El demonio se puede introducir con gran facilidad ahí a través del “medium” que busca comunicarse con los espíritus, no porque el “medium” pase a estar endemoniado, sino por el estado psicológico especial en que se encuentra. El demonio puede fácilmente dominar esas sesiones de espiritismo, aprovechándolas para sembrar cizaña, calumnias, divisiones, temores u odios.

P.: Creo que sería interesante aclarar cómo se explica que pueda haber una inteligencia —la angélica o demoníaca— actuando sobre otra —la humana— sin que ésta se dé cuenta que ello sucede.

R.: No percibimos sensiblemente su actuar, pero sí tenemos conciencia de sus efectos en la tentación o en la buena acción que se nos insinúa.

Creo importante recalcar que, por grande que sea el conocimiento por los demonios de la naturaleza y la psicología humanas (y mejor aún la conocen los ángeles, por la riqueza que les da el conocimiento del orden sobrenatural) ni unos ni otros pueden conocer el interior de nuestros pensamientos. Sólo Dios sabe lo que pensamos. Los ángeles y los demonios lo pueden deducir, igual como un buen psicólogo, o como alguien que conozca bien a otra persona puede presumir su conducta a partir de gestos, actitudes, circunstancias, etc., pero no pueden jamás conocer con certeza el interior de

las conciencias, ni tampoco forzar la voluntad humana, que siempre es y será libre.

P.: ¿Incluso en el caso de las posesiones diabólicas comprobadas, de las cuales el Evangelio nos narra muchas?

R.: Incluso. En las posesiones diabólicas, el demonio no mueve propiamente la voluntad del poseído, sino que la paraliza. Por eso los poseídos sufren tanto. Su voluntad queda inhibida, sin que eso deba interpretarse en caso alguno como un castigo de Dios. Puede ser una prueba, a la cual incluso santos se han visto expuestos. Por eso, en los intervalos en que el demonio deja tranquilo al poseído, éste pide que se le libre del sufrimiento que su estado le ocasiona. El demonio hace las cosas más espeluznantes con los poseídos. Los hace levitar, blasfemar, hablar idiomas extraños y sembrar odio y desesperación entre quienes oyen al enfermo.

P.: ¿A qué atribuye Ud. que los casos de posesiones diabólicas sean hoy aparentemente menos frecuentes que en la época de Cristo?

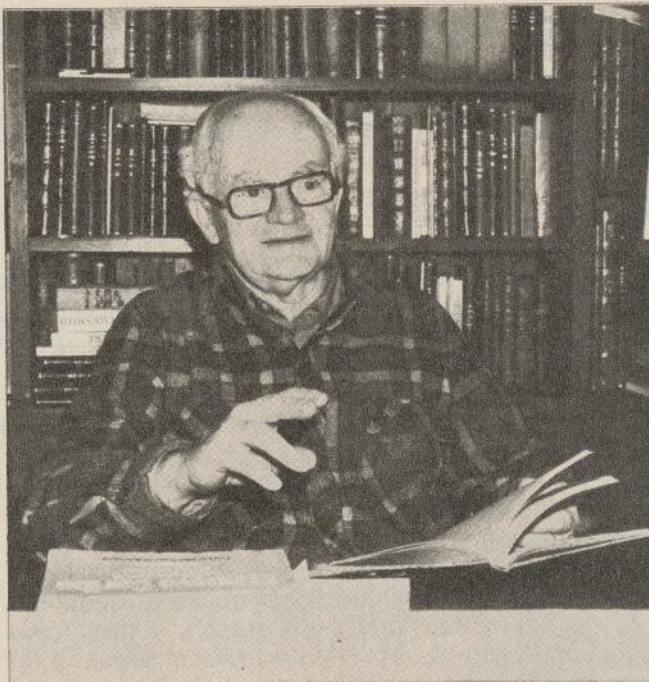
R.: A que antes de la Redención de Cristo, el poder del príncipe de este mundo era muy superior en todas estas materias, y era más frecuente que actuara en posesión directa de los cuerpos humanos. Pienso, además, que si bien suelen presentarse casos de auténtica posesión, hoy al demonio quizás le interesa pasar más bien inadvertido para actuar más eficazmente sobre las almas, que es lo

que verdaderamente le importa. Para ello, prefiera, tal vez, que nadie se acuerde de él y que no crean en su existencia y ni en su acción. Es posible que esto se encuentre ligado al silencio que hoy se observa frente al tema, pero no podemos saberlo con seguridad.

P.: Estábamos hablando antes de las formas de acción de ángeles y demonios sobre los hombres, en general. Dejando fuera los casos excepcionales de posesiones diabólicas, hay también en la Biblia numerosos casos de ángeles que toman formas visibles para el hombre. ¿Sigue ocurriendo este fenómeno y se aplica él a los demonios?

R.: Puede ocurrir con ángeles y demonios, en el bien entendido que el hecho que adopten una forma sensible, no implica que puedan asumir la corporeidad humana propiamente tal, ni ejercer las operaciones vitales propias de ella. Esto último es incompatible con su naturaleza, pero para nosotros pueden tener apariencia humana. Incluso, a veces el hombre no descubre que es un ángel, como el que lucha con Jacob. Un ángel puede tomar forma humana y sentarse a nuestro lado, sin que nos demos cuenta que es un ángel, sino que creamos que es un hombre. Puede ocurrir.

Y lo mismo se aplica a los demonios, con la diferencia de que éstos lo hacen al margen del plan de Dios, para engañar o consolidar poder, mientras que los ángeles sólo lo hacen para cumplir el plan de Dios. Además, en



"No es por falta de misericordia Divina, sino por la naturaleza de su propio pecado de soberbia, que los demonios no podrían arrepentirse".

el caso de los demonios, lo probable cuando asumen una forma sensible, es que ésta sea terrible o repelente, porque son seres llenos de odio.

En cuanto a los ángeles, la Sagrada Escritura está llena de ángeles que toman figuras sensibles, y habitualmente parecidas o semejantes a la humana. Los ángeles que van a Sodoma y Gomorra, el ángel de Tobías, el que anuncia a María la Encarnación del Verbo, el que dice en sueños a José el rumbo que debe tomar, el que se aparece a las mujeres en el sepulcro de Cristo para anunciarles la Resurrección del Señor, el que durante la Pasión lo conforta en el Huerto de los Olivos, y así podríamos alargar indefini-

damente la enumeración. Te diría que no hay pasaje de las Sagradas Escrituras en que no figuren los ángeles actuando. Hay ángeles de las Naciones, ángeles de los Ejércitos, ángeles de las personas. Cada persona tiene un ángel custodio, el ángel de la guarda, del cual tan hermosamente nos habla —por ejemplo— S.S. Juan XXIII. Desgraciadamente, el común de las personas se acuerda muy poco de ellos, en circunstancias que pueden cumplir misiones de gran utilidad temporal y espiritual para cada uno de nosotros. ¡Qué claro se ve eso especialmente en los niños!

Los ángeles actúan siempre y mucho, aunque sólo por excepción asu-

man formas visibles. Por lo general, actúan sin perder su carácter invisible para nosotros, pero los efectos de sus acciones los podemos percibir, si tenemos el sentido dispuesto para ello.

P.: ¿Cuál es la relación entre la operación de los ángeles o demonios y el espacio?

R.: Los ángeles no están en un lugar en el sentido de los cuerpos, no ocupan espacio. Pero están en un punto, que es aquél en el cual operan. Santo Tomás enseña que ningún inconveniente hay para que un ángel se traslade sin sucesión de tiempo de un punto a otro y sin pasar por los puntos intermedios, porque está allí donde su voluntad quiere actuar, libre de las leyes del espacio. La misma potestad la tienen los demonios. Pueden estar casi simultáneamente en dos puntos, pero no en forma absolutamente simultánea, porque tanto los ángeles como los demonios carecen del don de ubicuidad.

Algo semejante ocurriría con los cuerpos gloriosos, es decir, con los cuerpos que tendrán los justos una vez resucitados. Si tú te recuerdas, Cristo entra al cenáculo de sus apóstoles después de la Resurrección cruzando las paredes, y el ángel que saca a Pedro de la cárcel lo hace sin abrir la puerta.

P.: Me interesaría preguntarle, don Julio, acerca de la razón más profunda que mueve al demonio a tratar de que el hombre peque, que se aparte de Dios y, en definitiva, que se condene eternamente.

R.: Como el pecado del demonio fue de soberbia, e incluyó un rechazo de la Encarnación del Verbo y de la divinidad de Cristo, toda la acción diabólica se orienta a tratar de hacer inútil la Redención de Cristo. Y para ello busca la condenación de cada uno de los hombres, a fin de que los méritos de la Redención de Cristo no fructifiquen para la mayor cantidad posible de seres humanos.

Hay al respecto, en la teología diabólica cosas impresionantes. Por citar sólo una, la inscripción colocada en la cruz de Cristo que dice INRI, y que significa Jesús Nazareno Rey de los Judíos, ha sido interpretada como "Jesús Nazareno resucitó inútilmente".

P.: Don Julio, para terminar, quisiera saber su opinión sobre si Ud. estima que pueden haber personas conscientes y directa-

mente colocadas, por su libre voluntad, al servicio del demonio y su acción. Quisiera saber cuál es su punto de vista frente a las fuerzas del mal, y al poder que tendrán en los últimos tiempos que antecedan inmediatamente a la segunda venida de Cristo.

R.: Sobre lo primero, no se puede afirmar específicamente respecto de nadie en particular, porque sólo Dios lo sabe. Pero no hay ninguna razón para descartarlo. Puede suceder, y hay cosas terribles que sólo parecieran explicarse sobre la hipótesis de que así sea. Acciones en que las fuerzas del mal, el poder satánico, aparece organizado y en toda su potencia destructora.

En torno a lo segundo, ese "reino de las tinieblas" que Cristo señala momentánea y aparentemente triunfante en el momento de su Pasión y

Muerte, de algún modo ha vuelto y volverá a expresarse en momentos de gran confusión, del cual el peor de todos será sin duda el que preceda en forma inmediata a la segunda venida del Señor, en gloria y majestad, al fin de los tiempos. De esa etapa nos habla el propio Cristo, diciendo que tendrán que ser abreviados aquellos días, por amor de los escogidos, porque si no, hasta los escogidos se perderían. La acción diabólica, siempre presente, habrá alcanzado ahí un dominio que parecerá avasallar todo, pero que será derrotado sorpresiva y definitivamente por la segunda venida de Cristo.

Quisiera agregar -a modo de resumen- que así como es muy necesario tener presente la existencia y peligrosidad del demonio (o de los demonios, en general),

es igualmente importante recordar que son ciegos frente a lo sobrenatural, porque están impregnados de odio a Dios. Por eso, si uno se deja llevar al terreno en que el demonio es fuerte, que es de las pasiones desordenadas del mundo, la acción diabólica resulta devastadora. Pero en cambio si uno se preocupa de acercarse cada vez más a lo sobrenatural, y vivir en la vida de la Gracia de Dios el demonio se hace inofensivo, y se le aleja, haciéndolo huir desconcertado.

JAIME GUZMAN E.
ABOGADO PROFESOR
UNIVERSITARIO

JULIO PHILIPPI I.
ABOGADO PROFESOR
UNIVERSITARIO
EX MINISTRO DE
ESTADO

R